

SCHNEIDER, Gregor-Sönke: *Keine Kritische Theorie ohne Leo Löwenthal. Die Zeitschrift für Sozialforschung (1932-1941/42)*, Frankfurt am Main: Peter Lang, 2014, 297 págs.

La historia de la Teoría Crítica se ha narrado como una historia marcada por una serie de grandes autores, con personalidades más o menos fuertes, que imprimieron su carácter peculiar a este proyecto teórico en sus distintas fases. Esta historiografía centrada exclusivamente en grandes figuras amenaza con desdibujar lo específico de esta tradición teórica. Y es que lo que hoy conocemos como Teoría Crítica surgió ante todo como un proyecto colectivo, supraindividual, que cristalizó en los años treinta y cuarenta en unas circunstancias sumamente difíciles —marcadas por el ascenso del fascismo, el exilio y la crisis económica— gracias a la solidaridad personal y teórica de un grupo de intelectuales al margen de los contextos partidistas y académicos. Si hoy identificamos este proyecto teórico con los nombres de Horkheimer, Adorno o Marcuse es al precio de olvidar a otros autores sin los cuales el contexto de producción de la Teoría Crítica nunca hubiera sido tan fértil. Uno de esos grandes olvidados es, sin duda, Leo Löwenthal. Su rol en el *Institut für Sozialforschung* fue discreto, pero sin duda crucial, tanto a nivel teórico como organizacional. Aunque los estudios históricos clásicos reconocen la importancia de Löwenthal en la *Zeitschrift für Sozialforschung*, no se detienen a analizar su contribución en detalle, y en general tienden a minusvalorar la relevancia de su papel la formulación teórica del proyecto colectivo. El libro de Gregor S. Schneider que aquí nos ocupa, que se sitúa en el marco de la *intelectual history* y, en particular, en la senda de las contribuciones de Detlev Claussen, constituye un trabajo muy bien documentado que se propone llenar este hueco y poner en valor la centralidad de Löwenthal en el contexto de producción de la Teoría Crítica. Para ello se centra en los años de publicación de la *Zeitschrift für Sozialforschung* entre 1932 y 1941, lo que le permite analizar los años en los que el proyecto común adquiere sus rasgos diferenciales.

Leo Löwenthal fue uno de los autores que perteneció desde muy pronto al núcleo duro del *Institut*. No tardó en ganarse la confianza de Max Horkheimer, el *spiritus rector* del proyecto, que le confió una posición clave como redactor jefe de la *Zeitschrift für Sozialforschung* —una función que Löwenthal ejercería desde el primer hasta el último número—. La importancia de la revista para el proyecto colectivo no puede ser minusvalorada, ya que no fue solo el órgano de publicación del *Institut*, sino la plataforma en torno a la cual cristalizan el trabajo y los debates que van dando forma a lo que hoy conocemos como Teoría Crítica. Para que este marco de

trabajo pudiera funcionar en las precarias condiciones del exilio, marcadas por la distancia que separaba las distintas sedes del *Institut* y por las innumerables dificultades a las que hacían frente sus autores, la incansable labor de Löwenthal fue sin duda fundamental. El trabajo de Schneider rastrea de forma exhaustiva las diferentes actividades que llevó a cabo en esta tarea, que fue la infraestructura que sostuvo la mayor parte del trabajo teórico durante los años treinta. De este modo Löwenthal se revela una figura privilegiada para entender los entresijos del funcionamiento interno del proyecto colectivo en estos años, que permite apreciar las formas de colaboración, comunicación e intercambio que posibilitaron su dimensión supra-individual.

Buena parte del trabajo de Löwenthal se centró en una tarea poco aparente, pero sin duda crucial: la coordinación de la sección de reseñas de la revista, de la que era el único responsable. El propósito de la sección era tomar el pulso a la producción teórico-intelectual global de estos años, y su espectro temático abarcaba sociología, filosofía, historia, psicoanálisis, economía, movimientos sociales y literatura. Lo descomunal de la tarea lo revela la cifra total de recensiones publicadas en apenas una decena de años, siempre bajo la coordinación de Löwenthal: 2.580 reseñas. En la sección colaboraron además figuras fundamentales de la *intelligentsia* alemana en el exilio, pero también autores destacados del medio francés y estadounidense: desde Hans Mayer y Günther Stern hasta Raymond Aron, Paul Lazarsfeld y Meyer Shapiro. Pero la sección acabó por convertirse en un foro de importancia para los emigrantes huidos del fascismo y dispersos en el exilio. No sólo les ofrecía un espacio clave de discusión e información teórico, sino también “una fuente de ganancias que ayudó a ganarse el sustento” en momentos de dificultad extrema (pág. 236). El libro repasa cuidadosamente la nómina de autores que contribuyeron con sus reseñas, entre los que tampoco faltan figuras tan dispares como Ferdinand Tönnies o Karl Korsch. Pero también pone de manifiesto –frente a lo que a menudo se ha señalado– que las políticas de la revista se dirigieron en todo momento a apoyar a intelectuales emigrados en situaciones difíciles, evitando que los autores perseguidos por el nazismo –sobre todo judíos, independientemente de su color político– fueran blanco de críticas que pudieran causarles ulteriores perjuicios en su ya precaria situación.

En su análisis del modo en que la Teoría Crítica se fue articulando en los textos publicados en la *Zeitschrift*, Schneider ofrece un buen antídoto contra las intoxicaciones de una historiografía que explica el contexto de producción del *Institut* co-

mo un proyecto interdisciplinar basado en la división del trabajo. De acuerdo con esta visión, el *Institut* estaría compuesto por una serie de autores con tareas bien definidas: Löwenthal se ocupaba de literatura, Adorno de música, Fromm de psicoanálisis y Pollock de economía, y después el director Max Horkheimer intentaba formular las consecuencias en su conjunto. Como bien se argumenta en el libro, esta perspectiva pasa por alto que la comprensión de la sociedad como un todo requería un trabajo en colaboración, en el que las contribuciones de diferentes ramas del saber no se desarrollaran independientemente unas de otras, sino en una discusión permanente. En este contexto la referencia a lo “interdisciplinar” se revela más bien una proyección retrospectiva del contexto académico de los años setenta que una descripción ajustada del modo de trabajo en el *Institut* de los años treinta: “La insistencia y la necesidad de un trabajo colectivo se basa en la situación de la sociedad. Sólo un análisis colectivo —no interdisciplinar— y continuado —es decir, no puntual— de la sociedad desde diferentes perspectivas disciplinares podía dar cuenta de la sociedad como un todo” (pág. 10). Porque el objetivo, en efecto, era analizar la dinámica de la sociedad en su conjunto. Pero el interés que guiaba la empresa común no era solo el conocimiento, sino ante todo la emancipación. Y es que “teoría crítica” no era en sus inicios sino una denominación que debía remitir a los iniciados a la continuidad con el programa marxiano. Sin embargo el objetivo no era reproducir o imitar su doctrina, sino desarrollarla con los instrumentos de la dialéctica, con una concepción amplia del materialismo y, en particular, con la incorporación del psicoanálisis: “La concepción de la Teoría Crítica en los años treinta era un desarrollo del materialismo que se orientaba de acuerdo con las transformaciones sociales, de forma inmanente” (pág. 60s.). En este sentido el libro ofrece una panorámica sucinta del alcance de esta actualización, cuyos frutos abarcan desde la crítica de la ideología hasta el análisis de la literatura y el arte, pasando por la psicología social y la constante confrontación crítica con la teoría tradicional y sus disciplinas especializadas.

Al centrarse en la figura de Löwenthal durante los años de publicación de la *Zeitschrift*, el libro ofrece una perspectiva novedosa para entender el funcionamiento de la revista y su relevancia en el proyecto colectivo. Porque la *Zeitschrift* emerge aquí, ante todo, como el laboratorio del trabajo en común, completamente ajena a las lógicas académico-universitarias al uso. Schneider expone cómo, antes de redactar cada artículo, el tema y el enfoque se discutían conjuntamente en el *Instituto*. Una vez redactados los textos se analizaban uno a uno, tanto desde el punto de

vista formal como del contenido. A menudo se sugerían correcciones, reformulaciones o ampliaciones, y los trabajos sólo eran aprobados para su publicación una vez que todos los miembros del *Institut* los habían leído y debatido. La comunicación con los autores que se habían quedado en Europa hacía frente a mayores dificultades, con el océano por medio y la precariedad de la migración. La correspondencia escrita no siempre permitió evitar roces y malentendidos y, en algunos casos, todo ello truncó lo que podrían haber sido colaboraciones prometedoras. Estas dificultades han llevado a cierta historiografía a malinterpretar el debate crítico de los textos como “censura”, algo que el propio Löwenthal no se cansó de desmentir y que el trabajo de Schneider corrige con argumentos y documentación convincente. Desde la perspectiva actual, el *modus operandi* del *Institut* evidencia más bien un nivel de solidaridad intelectual que nada tiene que ver con los formalismos de la revisión por pares ciegos de nuestros días, que llevan a una gestión cada vez más burocratizada del trabajo teórico. Schneider pone de manifiesto cómo lo que marcaba aquí la pauta era el interés por comprender las transformaciones en curso —en la que les iba literalmente la vida— desde una perspectiva común. Por ello el libro subraya las referencias cruzadas entre los distintos autores, el diálogo con textos previamente publicados en la revista y la búsqueda constante de interlocución —en ocasiones hasta el punto de comentar los textos de otros incluyendo notas al pie que enriquecían la perspectiva con sus propios conocimientos, como hizo Adorno en un texto de Löwenthal—. Así sale a la luz un diálogo intelectual constante, crítico y solidario, donde cada uno intenta contribuir a lo que perciben como una causa teórica común.

Pero el trabajo de Schneider pone también de manifiesto la contribución específica de Löwenthal a la formulación del proyecto colectivo. En este sentido el texto incide en la centralidad de sus análisis críticos de la sociedad burguesa en los siglos XIX y XX, sobre todo a través de sus trabajos de sociología de la literatura, pero también por ejemplo en su incorporación del psicoanálisis como una herramienta irrenunciable de la crítica de la ideología. Especialmente interesante resulta también su puesta en valor de la contribución de Löwenthal al análisis del individuo burgués en la era de su ocaso. Aquí destacan sus análisis del género biográfico, que lee en relación con las contribuciones de Adorno, Marcuse y Horkheimer a la crítica de la cultura de masas, pero también sus estudios sobre Ibsen, Hamsun y la recepción de Dostoyevski en Alemania, que hay que entender en el contexto de la situación alemana y centroeuropea de los años treinta del pasado siglo. En este sentido

el gran valor del trabajo es, sin duda, que no analiza las contribuciones de Löwenthal de forma aislada, sino en relación con el contexto de producción de la *Zeitschrift*, destacando las afinidades entre los análisis de Löwenthal y —por ejemplo— las contribuciones de Horkheimer para una antropología de la sociedad burguesa, los análisis de Fromm sobre el sentimiento de impotencia, la crítica del hedonismo en Marcuse o las reflexiones de Adorno sobre Wagner o Sibelius. De este modo pone de manifiesto los rasgos comunes, la solidaridad teórica —nunca libre de diferencias y disputas— y el constante diálogo que alentaron el proyecto colectivo. Y Löwenthal emerge como un pionero en el análisis de los rasgos que van a caracterizar las contribuciones de la Teoría Crítica: el ocaso del mundo burgués, el auge de los rasgos autoritarios a partir del liberalismo tardío y el análisis de la industria cultural.

El libro se cierra con una sucinta exposición del final de la revista en un momento de grandes problemas financieros para el *Institut*, así como de los intentos, finalmente infructuosos, de reanimar la *Zeitschrift* en la década de 1940. Pese a los intentos de reactivar la publicación después del final de la Segunda Guerra, el regreso a la República Federal de Adorno, Horkheimer y Pollock llevó a la Teoría Crítica, inevitablemente, por otro camino. Sin embargo la vinculación de Löwenthal con el núcleo duro del *Institut* perduró, y su solidaridad incondicional con el proyecto común puede rastrearse aún en sus textos de vejez, hasta bien entrada la década de 1980. En definitiva, el trabajo de Gregor S. Schneider ofrece una sólida contribución para revisar el lugar específico de Leo Löwenthal en este proyecto durante sus años de eclosión en el exilio —y es, sin duda, una contribución sobre la que se puede seguir construyendo—. La colección “Philosophie in Geschichte und Gegenwart”, que pusiera en marcha Alfred Schmidt, supone un marco inmejorable para la publicación del trabajo. El broche lo pone un valioso prólogo de Peter Erwin-Jansen, sin duda uno de los grandes conocedores del hoy injustamente olvidado Leo Löwenthal.

Jordi Masió

jordi.masio@gmail.com